



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 35

27.06.2021

DOMINGO DE LA 13ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de la Sabiduría (Sab 1, 13-15; 2, 23-24).
Salmo Responsorial	Salmo 29 (Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11 y 12a y 13b).
2ª Lectura	De la 2ª carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (2Cor 8, 7. 9. 13-15).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 5, 21-24. 35-43):

Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «*Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva*». Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

Llegaron de la casa del jefe de la sinagoga para decirle: «*Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestas más al maestro?*». Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «**No temas; basta que tengas fe**».

No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llega a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos; después de entrar les dijo: «**¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida**». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «**Talitha qumi**» (que significa: «**Contigo hablo, niña, levántate**»).

La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Y DIJO AL JEFE DE LA SINAGOGA: «NO TENGAS MIEDO, BASTA QUE TENGAS FE».

La fe del oficial de la sinagoga era fuerte, la misma fe que lo llevó a ver a Jesús. Acompaña a Jesús a visitar a su hija, y la niña revive. Su curación llegó en el momento que Dios quiso, y es así como sucede con nuestras oraciones y nuestra relación con Dios.

PAPA FRANCISCO

Miércoles, 16 de diciembre de 2020

Catequesis 19. La Oración de Intercesión (y 2)

A la oración le importa el hombre. Simplemente el hombre. Quien no ama al hermano no reza seriamente. Se puede decir que en espíritu de odio no se puede rezar; que en espíritu de indiferencia no se puede rezar. La oración solamente se da en espíritu de amor. Quien no ama finge rezar, o él cree que reza, pero no reza, porque falta precisamente el espíritu que es el amor. Por este motivo, en cada oración, hay una experiencia de lo humano; porque las personas, aunque puedan cometer errores, no deben ser nunca rechazadas o descartadas.

Cuando un creyente, movido por el Espíritu Santo, reza por los pecadores, no hace selecciones, no emite juicios de condena: reza por todos. Y reza también por sí mismo. En ese momento sabe que no es demasiado diferente de las personas por las que reza: se siente pecador, entre los pecadores, y reza por todos. La lección de la parábola del fariseo y del publicano es siempre viva y actual: nosotros no somos mejores que nadie; todos somos hermanos en una comunidad de fragilidad, de sufrimientos y en el ser pecadores. Por eso, podemos dirigirnos a Dios con el Salmista: «Señor, no es justo ante ti ningún viviente» (Sal 143, 2). Todos somos pecadores, todos somos deudores que tienen una cuenta pendiente; no hay ninguno que sea impecable a los ojos de Dios. ¡Señor ten piedad de nosotros! Con este espíritu la oración es fecunda, porque vamos con humildad delante de Dios a rezar por todos.

Sin embargo, el fariseo rezaba de forma soberbia: *“Te doy gracias, Señor, porque yo no soy como esos pecadores; yo soy justo, hago siempre...”*. Esta no es la oración: esto es mirarse al espejo, a la realidad propia; mirarse al espejo maquillado de la soberbia.

El mundo va adelante gracias a esta cadena de orantes que interceden y que son en su mayo-



ría desconocidos... ¡pero no para Dios! Hay muchos cristianos desconocidos que, en tiempo de persecución, han sabido repetir las palabras de nuestro Señor: **«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»** (Lc 23, 34).

El buen pastor permanece fiel también delante de la constatación del pecado de la propia gente: el buen pastor continúa siendo padre también cuando sus hijos se alejan y lo abandonan. Persevera en el servicio de pastor también en relación con quien lo lleva a ensuciarse las manos; no cierra el corazón delante de quien quizá lo ha hecho sufrir.

La Iglesia, en todos sus miembros, tiene la misión de practicar la oración de intercesión, intercede por los otros. En particular tiene el deber quien está en un rol de responsabilidad: padres, educadores, ministros ordenados, superiores de comunidad... Como Abraham y Moisés, a veces deben “defender” delante de Dios a las personas encomendadas a ellos. En realidad, se trata de mirar con los ojos y el corazón de Dios, con su misma invencible compasión y ternura. Rezar con ternura por los otros.

Hermanos y hermanas, todos somos hojas del mismo árbol: cada desprendimiento nos recuerda la gran piedad que debemos nutrir, en la oración, los unos por los otros. Recemos los unos por los otros: nos hará bien a nosotros y hará bien a todos.

¡Gracias!

S. JOSÉ: EL MARCO EVANGÉLICO (2)

El mensajero divino introduce a José en el misterio de la maternidad de María. La que según la ley es su «esposa», permaneciendo virgen, se ha convertido en madre por obra del Espíritu Santo. Y cuando el Hijo, llevado en el seno por María, venga al mundo, recibirá el nombre de Jesús. Era éste un nombre conocido entre los israelitas. En este caso, sin embargo, se trata del Hijo que, según la promesa divina, cumplirá plenamente el significado de este nombre: Jesús-Yehošua, que significa, Dios salva. El mensajero se dirige a José como al «esposo de María», aquel que, a su debido tiempo, tendrá que imponer ese nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret, desposada con él. El mensajero se dirige, por tanto, a José confiándole la tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María.



«Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24). Él la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María, en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero.

Cuando María, poco después de la anunciación, se dirigió a la casa de Zacarías para visitar a su pariente Isabel, mientras la saludaba oyó las palabras pronunciadas por Isabel **«llena de Espíritu Santo»** (Lc 1, 41). Además de las palabras relacionadas con el saludo del ángel en la anunciación, Isabel dijo: **«¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»** (Lc 1, 45).

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: **«Feliz la que ha creído»**, en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. José no respondió al «anuncio» del ángel como María; pero hizo como le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina "obediencia de la fe".

Se puede decir que lo que hizo José le unió en modo particularísimo a la fe de María. Aceptó como verdad proveniente de Dios lo que ella ya había aceptado en la anunciación. *«Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él»*. Lo anterior citado, que proviene del Concilio y que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret.

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. Él es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la «peregrinación de la fe», a través de la cual, María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular.

Para terminar, y fuera del documento sobre S. José de Juan Pablo II, hay que indicar que S. José se apareció el 7 de junio de 1660 a un joven pastor en el monte Bessillon, en la localidad francesa de Cotignac. Es la única aparición en la que el Santo Custodio de la Familia de Nazaret aparece solo y que ha sido reconocida por la Iglesia Católica.

Hay dos apariciones, reconocidas también por la Iglesia, donde S. José se aparece junto a la Virgen María, llevando en brazos a Jesús: en Cotignac, Francia, el 10 de agosto de 1519, y en Fátima, Portugal, el 13 de octubre de 1917, durante la visión final, por los niños, de Nuestra Señora de Fátima, cuando ocurrió el milagro del sol.



LA LOCURA DE LA CRUZ (5) - EL MAL Y LA DESGRACIA

Todavía hoy, el mal es locura y escándalo. Lo es también la cruz de Cristo. Ella no es «poder y sabiduría» más que para los creyentes. Cristo sigue siendo para todos un signo de contradicción; pero da la luz y la fuerza a quienes creen en Él.

El cristiano sufre tanto como los demás hombres, pero tiene el privilegio de saber y poder orientar su sufrimiento hacia un servicio: aceptado por amor a Cristo, la desgracia tiene recursos sobre el mal. Ya en la primera generación cristiana, Pablo vivió esta experiencia dolorosa y luminosa; inició a los creyentes de Asia, de Grecia y de Roma en el misterio de un sufrimiento útil viviéndolo en unión con Cristo:

«Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia.» (Col 1, 24). «llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.» (2 Cor 4, 10). «Todo para conocerlo a Él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos». (Flp 3, 10-11).

Para explicar la relación que existe entre el sufrimiento del cristiano con el de Cristo, Pablo habla de «**comunión**». Sabe que su sufrimiento sólo será útil unido al de Cristo, que sólo así lo habrá puesto al servicio de los otros y al servicio de la Vida.

El Evangelio vino a enseñarnos el lugar que tiene la cruz en la vida de los discípulos, y no nos esconde que pagarían este privilegio con el sufrimiento personal: Entonces dijo Jesús a sus discípulos: *«Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.» (Mt 16, 24). «Recordad lo que os dije: No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.» (Jn 15, 20).*



A lo largo de la historia, CRISTO ha vivido y vive entre los cristianos, porque Él fue enviado por el Padre a la Tierra, como Segunda Persona de la Santísima Trinidad, para encarnarse como verdadero hombre, enseñándonos que Él es EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA, instaurando y regalándonos LA EUCARISTÍA. Finalmente nos redimió con su PASIÓN dolorosísima, y su MUERTE, ya que solamente Dios podía hacer eso: redimir a toda la Humanidad, de nuestros delitos, que tanto daño y dolor causan a otros hombres y ofenden directamente a Dios, al transgredir sus Mandamientos. Todo esto para que pudiéramos alcanzar el Cielo después de la muerte terrenal, enseñándonos además a ver a los demás como nuestros prójimos, con toda su dignidad de personas, que es igual que la nuestra, amándoles como nosotros nos amamos.

Cristo, Jesús, continúa asegurando la victoria sobre el Mal. Los cristianos son fieles a la esperanza de la victoria definitiva, de la cual la Resurrección de Jesús es el signo y la garantía. Los fieles de Cristo pueden, por su fe, por el bautismo, por su vida, comulgar con la muerte de su Señor y con su victoria, que su Vida es más fuerte que la muerte. Así pueden decir:

Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos: Él es nuestra salvación, nuestra gloria eterna. Si con Él morimos, viviremos con Él. Si con Él sufrimos, reinaremos con Él.